

CAUSALIDAD Y LIBRE ALBEDRÍO

ESTADO ACTUAL DEL PROBLEMA

Éste es uno de los más antiguos enigmas. ¿Hasta qué punto puede armonizarse la independencia de la volición humana con el hecho de que somos partes integrantes de un universo sometido a la rígidas órdenes de las leyes de la naturaleza?

A primera vista estos dos aspectos de la existencia humana parecen ser lógicamente inconciliables. Por una parte se presenta el hecho de que los fenómenos naturales ocurren invariablemente de acuerdo a la rígida seriación de causa a efecto. Éste es un postulado indispensable de toda investigación científica; no simplemente para el caso de aquellas ciencias que se ocupan de los aspectos físicos de la naturaleza, sino también para el caso de las ciencias que se refieren a la mente humana, como la psicología. De todos modos, la admisión de una indefectible secuencia causal de todos los acontecimientos es la base sobre la cual se regula nuestra conducta en la vida cotidiana. Pero, por otra parte, tenemos nuestra más directa e íntima fuente de conocimiento, que es la conciencia, la cual

nos dice que en última instancia nuestros pensamientos y voliciones no están sometidos a ese orden causal. La voz interna de la conciencia nos afirma que en un momento dado somos capaces de elegir entre ésta o aquella alternativa. Y el corolario es que el ser humano debe ser considerado generalmente responsable de sus propias acciones. Sobre esta afirmación se basa la dignidad ética de los hombres.

¿Cómo podemos conciliar esa dignidad con el principio de la causalidad? Cada uno de nosotros es una parte integral del mundo en que vivimos. Si cualquier otro acontecimiento del universo es un eslabón en la cadena causal que nosotros llamamos el orden de la naturaleza, ¿hasta qué punto el acto de la volición humana puede ser considerado como independiente de ese orden? El principio de causalidad es universalmente aplicable o no lo es: de no serlo, ¿dónde debemos trazar la línea divisoria y por qué una parte de la creación está sometida a una ley que por su naturaleza parece universal mientras que otra parte queda exceptuada de ella?

En todas las razas civilizadas, los pensadores más profundos se han planteado este problema y han sugerido innumerables soluciones. No tengo la intención de añadir una más a la suma total. Mi razón para colocar el problema en relación con mi propia ciencia es que la controversia ha penetrado ahora en el campo científico. Partiendo de las sugerencias que se han hecho acerca de la inaplicabilidad del principio causal a ciertos tipos de investigación en la ciencia física,

han sido deducidas amplias conclusiones, y la vieja controversia se ha renovado ahora de un modo todavía más violento que antes.

Después de todos los pensamientos que han sido emitidos acerca de esta cuestión, desde que el hombre comenzó a razonar acerca de su lugar en el universo, puede justificadamente aceptarse que el problema de la causalidad está ahora más cerca de su solución que lo estuvo antes, aunque concedamos que es imposible una solución completa y final dada la naturaleza de la cuestión en sí. Razonablemente podíamos esperar que en este período de la controversia los litigantes llegaran, al menos, a un acuerdo sobre la naturaleza de los problemas fundamentales surgidos de la discusión. Pero ha ocurrido lo contrario. En la actualidad no es simplemente el problema en sí mismo el que se debate, sino también las ideas básicas involucradas en él han sido tomadas en consideración — por ejemplo, la significación del concepto causalidad en sí mismo, cuestiones epistemológicas referentes a los objetos que deben ser incluidos dentro de los fines legítimos del conocimiento humano, la diferencia entre objetos que son sensorialmente perceptibles y objetos que se hallan fuera de esa categoría, etc. Todas estas disputas accesorias han aumentado la confusión.

Los protagonistas se han dividido principalmente en dos escuelas. Una de ellas se interesa especialmente en el problema desde el punto de vista del progreso del conocimiento, manteniendo que el principio de la estricta causalidad es un postulado indispensable en la investigación científica, incluso en la esfera de la acti-

vidad mental. Como una consecuencia lógica de esta actitud, sus partidarios declaran que no podemos exceptuar la actividad humana, en ninguna de sus formas, de la ley universal de la causalidad. La otra escuela se ocupa más de la conducta de los seres humanos y del sentido de dignidad humana, sintiendo que se trataría de una degradación inconcebible que los seres humanos, incluyendo los casos más elevados de mentalidad y de ética, fueran considerados como autómatas inanimados en las manos de una férrea ley de causalidad. Para esta escuela de pensadores, la libertad de la voluntad es el atributo más elevado del hombre. Por tanto, debemos afirmar, dicen estos pensadores, que la ley de causalidad no rige para la vida más elevada del alma o, al menos, no debe ser aplicada a los actos mentales conscientes de las figuras más señaladas de la humanidad.

Entre estas dos escuelas existe gran número de pensadores que se hallan más o menos equidistantes de ellas, pues se dan cuenta, en cierto sentido, de que ambas partes tienen razón. No quieren negar la validez lógica de una posición ni la validez ética de la otra. Reconocen que en las ciencias mentales, el principio de causalidad, como una base de investigación científica, ha sido ahora llevado con ventajosos resultados más allá de los límites de la naturaleza inanimada. En consecuencia, no quieren negar el juego de la causalidad en la esfera mental, aunque ellos podrían igualmente erigir una barrera en algún punto dentro de esa esfera y atrincherar la libertad de la volición humana tras de ella.

Entre aquellos que tampoco pertenecen a ninguna de las dos escuelas extremas, quizá se deba también mencionar a ciertos hombres de ciencia que están en contra de la aplicación universal del principio de la causalidad en las ciencias físicas. Estos hombres piensan que es inaplicable a los fenómenos naturales que son estudiados en la física de los cuantos. Pero la mayor parte de los científicos que mantienen esto no hacen cuestión de la validez universal del principio en sí mismo. Sin embargo, esa actitud debe ser mencionada en este lugar, pues aunque no constituya una escuela de pensamiento, indica una tendencia. Y en tanto que esta tendencia ha sido explotada por los divulgadores que hablan de espontaneidad en la labor interna de la naturaleza, merece ser considerada, aunque sólo sea con el propósito de mantener una clara línea de comunicación entre la ciencia seria y el público que piensa seriamente.

Como la controversia general en sí misma nada tiene que ver con la ciencia física, a los físicos, como tales, no les concierne este problema. Pero la controversia afecta ahora al método básico sobre el cual las investigaciones científicas se realizan. Si las bases de la causalidad no son válidas, ¿cómo podremos considerar exactos los resultados a que se llega sobre esta base? La controversia afecta, por tanto, al ansia general de merecer confianza que hace progresar las ciencias naturales. Ésta es la razón de por qué estoy yo discutiendo en este lugar como un físico, con la esperanza de que lo que yo diga pueda servir para mantener claramente los fundamentos sobre los cuales